



Carter: un llamamiento al sentido moral de un pueblo al que tantas veces se le ha enseñado las ventajas de no tenerlo. En la foto, el candidato demócrata entre su esposa y el senador Adlai Stevenson, Jr., de Illinois, en el cuartel general de los demócratas en Nueva York.

USA

Carter, el nuevo mito

NUEVA YORK.—Es muy probable que de la Convención del Partido Demócrata haya salido el próximo Presidente de los Estados Unidos. Y, lo que es más importante en este caso, el vicepresidente. Porque ha sido la presencia de Walter F. Mondale al lado de Jimmy Carter la que ha completado muy eficazmente la propuesta con la que espera volver al poder el Partido Demócrata.

La Convención se celebró en el Madison Square. Y todos los comentaristas políticos coinciden en señalar que ha sido una de las menos complicadas que se recuerdan. Allí estaban todas las figuras históricas del Partido, desde Humphrey, sonriente y muy en el papel de gran padrino de Mondale, hasta el semiparlítico Wallace; desde la viuda y el hijo de Robert F. Kennedy al astronauta Glenn; desde McGovern al gobernador Brown, un hombre joven, que se niega a vivir en el lujoso palacio oficial y en quien algunos ven ya un futuro Presidente. Muchos negros, caras puertorriqueñas y, a dos pasos de la tribuna, encuentros antes imposibles. Como, por ejemplo, el muy cordial entre un viejo luchador negro de los derechos civiles y el hijo de quien, como gobernador blanco, intentó cortar al negro James Meredith

el paso hacia la Universidad Blanca. Naturalmente, formando parte de la imagen política, estaban las familias de Carter y de Mondale; las esposas, espectacularmente emocionadas, y los hijos, nerviosos y asombrados. Y estaba también, como si el reparto lo hubiera imaginado un autor de Broadway, la madre de Carter, una anciana que fue, a sus sesenta años, voluntaria del Peace Corps en la India, y que, en el Madison, sufría por sí el discurso de Mondale era mejor que el de su hijo. Todo discurre, pues, en el clima entre deportivo y familiar que corresponde a cierta imagen de América: la de sus estadios y Doris Day. El énfasis con que Carter subrayó que aceptaba la nominación con las mismas palabras que Kennedy pronunciara en su día, y que fuera el padre de Lutero King quien cerrara el acto, probaban hasta qué punto el Partido Demócrata había decidido esgrimir todos los grandes mitos liberales del país para conseguir la victoria.

Sobre la eficacia de la operación no creo que haya dudas. Mientras Ford y Reagan siguen luchando por conseguir la candidatura en representación del Partido Republicano, Jimmy Carter y Walter F. Mondale proyectan la imagen sonriente de un Partido Demócrata unido y ca-

paz de llevar adelante una política que resuelva algunos de los problemas que tiene planteados el país.

En realidad, puede decirse que Jimmy Carter —una especie de John F. Kennedy, con más años y, quizá por ello, más paternal— había conseguido mantener en la oscuridad cualquier asomo de definición programática. Hombre del Sur, propietario de una plantación de cacahuetes, la propaganda lo presentaba, sobre todo, como un hombre que "llegaba de fuera", es decir, como alguien que no "se había ensuciado" en la vida política de Washington. El talento y la eficacia con que Carter ha manejado su carácter de político un tanto marginal corresponden a la situación histórica de los Estados Unidos. Watergate sólo habría sido la puntilla de una reciente historia que ha llenado al norteamericano medio de razones para dudar de sus gobernantes. Inútil citar ahora los nombres que resumen esa crisis de confianza. Pero no hay duda de que lo que un día se llamó el sueño americano, en el sentido de aspiración democrática, ha pasado a ser, a nivel general, el sueño a secas. Mejor dormir que ver; hasta llegar a la paradoja de que, estando mezcladas la política y la economía de los Estados Unidos a lo que

ocurre en tantos lugares, y confluendo en el país tantas culturas ajenas, la gente apenas se interesa por lo que no sean su casa y sus ingresos. Hablarle al norteamericano medio de ética o de justicia ha sido algo que ha hecho tambalear cualquier candidatura. McGovern se hundió, entre otras cosas, porque los obreros —pese a encuadrarse la gran mayoría de los sindicatos en el Partido Demócrata— lo consideraron débil, intelectual, frente al pragmatismo y la contundencia sin escrúpulos de Nixon. El que Carter haya llegado a ser el candidato por el Partido Demócrata, barriendo a contrincantes calificados desde hace tiempo —el obstáculo posible se llama Edward Kennedy, pero éste, agobiado por problemas personales, no se presentó—, sería la prueba de que un amplio sector de los Estados Unidos necesita de nuevo la instancia moral para salir de la crisis en que vive. En definitiva: Ford es el sustituto de Nixon; fue éste quien le nombró, y Ford ordenó que cesara toda acción contra él.

La ambigüedad política —aceptando que se trata de un hombre más bien conservador— ha sido el lema de la campaña de Carter, aunque la gestión de Ford-Kissinger y las palabras de Ronald Reagan lo colocaran comparativamente a la izquierda. Así hasta llegar a la elección de Mondale y a los discursos con que Carter y su nuevo compañero cerraron la Convención del Partido Demócrata, esbozando ya un programa político.

¿Y en qué consiste? Conviene recordar al respecto que Mondale se había caracterizado en el Senado por la defensa de unas leyes que podríamos calificar de "sociales", como, pongamos por caso, la que debe asegurar a los norteamericanos una ancianidad soportable. Paralelamente había atacado en más de una ocasión el fortalecimiento del poder presidencial, ejercido —sobre todo cuando el titular agota su plazo y no puede presentarse a una nueva reelección— con evidente despotismo. Su derecho al veto legislativo implicaría que, si bien no puede proponer nada estando sus partidarios en minoría, sí puede obstaculizar cuanto plantee una oposición numéricamente mayoritaria. Aparte, claro, de su poder personal de decisión en numerosas materias y, muy singularmente, en las de orden internacional, tan fundamentales en un país como éste.

La presencia de Mondale entrañaba, pues, por parte de Carter, además de la estrategia con que siempre se opera en la elección del vicepresidente, la aceptación, si quiera tibia, de dos líneas maestras: una contemplación más "social" de los problemas y una mayor aproximación de las decisiones de gobierno a la voluntad del hombre norteamericano. Líneas de presumible eficacia en el contexto de un país de inexplicada política internacional y con una crisis interior, en la que la subida de los precios, el creciente desempleo, y la inseguri-

dad que ello trae consigo, son las manifestaciones más obvias. Al norteamericano medio se le habría separado de la política a cambio de garantizarle cierta prosperidad económica. Pero, lógicamente, al entrar esta última en crisis, la interrogación política reaparecería. A nivel de las pequeñas organizaciones y a nivel del hombre medio; en el primer caso, multiplicando sus análisis de la realidad norteamericana; en el segundo, creando un desconcierto, que transforma la apatía en un creciente temor por la marcha del país.

Respondiendo a ese temor, sobre todo, se ha alzado la imagen de la próxima candidatura del Partido Demócrata. Carter y Mondale —este con más vigor— han venido a prometer "un gobierno más cerca del pueblo de Norteamérica"; "una transformación de las leyes fiscales para que los ricos paguen más y los pobres menos"; "unas escuelas públicas que sean tan buenas como las privadas"; "un progreso compatible con el progreso del Tercer Mundo"; "una aceptación de las minorías de los Estados Unidos en el aparato de gobierno"; "una justicia que no deje en libertad a los grandes delincuentes poderosos —clara alusión a Nixon que el público del Madison recibió con grandes aplausos— mientras encierra a los pequeños delincuentes sin fortuna"; "una política de empleo"; "una reducción de la CIA a sus fun-

ciones propias"; etc. Es decir, una gestión que afronte los problemas internos de la sociedad norteamericana en lugar de poner el acento en los "compromisos internacionales", en la "lucha contra el comunismo", en la necesidad de tener "un ejército invencible", y otra serie de fórmulas que, con el pretexto de defenderlo, han acabado de envilecer el viejo "sueño americano".

Oyendo a Carter y a Mondale surgía de inmediato la pregunta de cómo, caso de llegar al poder, iban a poner en marcha su programa. En cuyo punto los dos fueron calculadoramente cautos. Los dos apelaron al sentido moral de un pueblo al que tantas veces se le ha enseñado las ventajas de no tenerlo. Carter, sobre todo, puso especial énfasis en decir que los cambios debían de producirse sin afectar en lo más mínimo el libre juego económico con que se define el Sistema. Formulación harto discutible, porque tanto el papel imperialista de los Estados Unidos como sus realidades interiores —desde la discriminación racial a la concentración monopolística— son una simple consecuencia de su sistema económico. Pensar que las consecuencias pueden cambiar sin cambiar las causas es probablemente utópico. Pero la vida americana ha llegado a ese punto; son muchos los que piensan, al mismo tiempo, que en su país las cosas van mal y que el sistema en que viven es in-

mejorable. Muchos los que se avergüenzan, pongamos por caso, de la intervención política y económica de los Estados Unidos en América Latina; pero, a la vez, están orgullosos de todo lo que esta explotación ha aportado al nivel de vida norteamericano.

Por eso, Carter ha de afrontar la contradicción con un criterio exclusivamente moral. Sabe que otra cosa le apartaría el número de votos que necesita. Habrá de ser la moral del "pueblo norteamericano" la que, a la vista de la crisis, decida cambiar las cosas. Pero ¿cómo van a cambiarla los débiles? Y ¿por qué van a cambiarla los fuertes?

Inútil añadir que el hombre medio ha recibido con alegría las palabras de Carter. El que tiene poco, porque espera tener más. El que tiene bastante, porque ha escuchado una apelación a su moral que no ofrece riesgos reales y le compensa momentáneamente de sus últimas humillaciones.

Distinta ha sido la reacción de los grandes capitales. La Bolsa bajó al día siguiente de la Convención Democrática. Y Reagan, con la lógica de quien sabe a la Norteamérica de hoy una expresión de su sistema económico, comentó que antes de juzgar el programa de Carter, quería saber "quién iba a pagarlo"; es decir, a costa de quién se iba a mejorar el destino de las clases populares.

La crítica de Reagan es cruel,

pero, al margen de todo lo que él presenta, exacta. Porque, por ejemplo, ¿cómo va Carter a cumplir su promesa de reducir la actual burocracia, siendo así que su programa social implica la intervención gubernamental en áreas sometidas hasta ahora al juego privado de los poderosos?

En la contradicción de Carter se expresa el conflicto de la Norteamérica de nuestros días. Domina en amplios sectores el sentimiento de que otra Norteamérica ha sido traicionada. Pero nadie sabe cómo encontrarla. Y se apela a la moral del pueblo de los Estados Unidos como si se tratara de un valor incontaminado, capaz de conducir hasta la América perdida sin cuestionar a fondo el sistema.

Muchos votarán a Carter hasta hacer de él, probablemente, el nuevo Presidente. Algunos lo harán porque es la menos mala de las alternativas. Otros, porque pensarán que es necesario transigir un poco para que nada sustancial cambie. Y otros, con la mejor buena fe, creyendo que la moral individual puede cambiar el mecanismo, la cultura de un sistema. Son los nuevos soñadores, los que sueñan con el sueño americano, los que están dispuestos a tolerar la explotación a condición de que el explotador tenga buenas intenciones y sólo acepte —sin alterar sus causas— los males sociales "inevitables". ■

JOSE MONLEON



El talento y la eficacia con que Carter ha manejado su carácter de político un tanto marginal corresponden a la situación histórica de los Estados Unidos.

¿Ante un nuevo aislacionismo?

NUEVA YORK.—Quizá un tiempo nuevo comenzó para la política norteamericana el pasado 4 de julio. Mientras el Independence Hall de Filadelfia relumbraba bajo los fuegos artificiales; mientras en el más perdido lugar alguien bailaba el último vino disfrazado de Uncle Sam; mientras la nación —"We, The People"— se sentía orgullosa de los éxitos de su automarketing democrático y cada marginado en su rincón era poco menos que un padre fundador viendo a "la Reina" —de Inglaterra, claro— por la NBC en color; mientras todo esto ocurría y la autocomplacencia del bicentenario llegaba al número 1 del "ranking" del chauvinismo, quizá se iniciara una nueva etapa o, al menos, comenzara a sentirse un voluntarismo de partir de cero, hacia un tercer siglo de independencia.

Pero, ¿existió alguna vez Nixon? Pero, ¿hubo una vez un asunto político en torno al edificio Watergate, junto al Potomac washingtoniano, casi justo donde el bicentenario ha traído como piezas de un museo smithsoniano a indios de las reservas para comercializar la barbacoa de carne de búfalo? Pero,

¿murieron alguna vez los G. I. en Indochina, fueron alguna vez soldados estos trabajadores que ahora han hecho un largo fin de semana para saludarse a sí mismos, We The People, ellos el pueblo, y el Senado, ellos la Verdad y el Bien, ellos la Perfección, ellos la Civilización, ellos el Bienestar, ellos el Progreso? Todo se ha olvidado bajo los fuegos artificiales del bicentenario. Como ya se ha apresurado a denunciar una cierta izquierda nacional, la retórica bicentennial es un telón de humo sobre los verdaderos problemas nacionales. Que sigan estando ahí, aunque ya nadie se acuerde del Watergate más que en las citas de los discursos de la Convención.

Con los últimos fétros de cinc que vinieron del Vietnam llegó a los Estados Unidos la conciencia —transmitida desde los grupos de presión a los ciudadanos medios— de que el país tenía que poner en pie una nueva táctica para la estrategia imperial de su presencia salvadora en el mundo occidental. Ellos, el Pueblo y el Senado de los Estados Unidos de América, para seguir dominando el ajedrez político del mundo, no tenían ya que en-